

DIEGO MUÑOZ CAMARGO

Nació en Tlaxcala de padre español y de india de la nobleza de Tlaxcala, en esa ciudad hacia 1528 y falleció en aquella población en 1599.

Mestizo asimilado rápidamente a la cultura y a la organización social y económica de los españoles. Fue Gobernador de Tlaxcala en varias ocasiones. Escribió diversas obras, a saber:

El Recibimiento que hizo la ciudad de Tlaxcala al Illmo. y Rmo. Señor Don Diego Romano, por la divina misericordia obispo de Tlaxcala, del Consejo de Su Majestad, fecho y ordenado por... Vecino de la dicha cibdad y dirigido al Muy Illmo. Señor Antón García, Canónigo de la Catedral della. Septiembre 7 de 1579; *Relación Particular de le grana cochinilla que ofrecia a S. M. D. Felipe N. Señor; Historia Natural; y Descripción de la ciudad y Provincia de Tlaxcala, también llamada Historia de la Ciudad y República de Tlaxcala o Historia de Tlaxcala más comúnmente.*

La *Historia de Tlaxcala* ha sido publicada varias veces. Una de las ediciones más accesibles es la de Alfredo Chavero, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1892, 278 p. Hace algunos años, se hizo nueva edición al cuidado de Lauro Rosell y Alberto Escalona Ramos, México, Talleres Gráficos Laguna, 1948, 376 p. ils.

Los mejores estudios son los de José Fernando Ramírez, *Opúsculos Históricos. Historia de Tlaxcala de Camargo.* Manuscritos. Vol. I y II. Museo Nacional EB, T. 2-207, y el de Manuel Carrera Stampa, *Algunos aspectos de la Historia de Tlaxcala de Diego Muñoz Camargo en Estudios de Historiografía de la Nueva España,* México, El Colegio de México, 1945. 329 p., p. 91-142. Importante también el artículo de Charles Gibson: "The Identity of Diego Muñoz Camargo". *THAHR*, XXX, No. 2, may. 1950, p. 195-208. De Muñoz Camargo hace una semblanza biográfica García Icazbalceta en *Obras... México 1899*, v. IX, 351-353.

Fuente: Diego Muñoz Camargo. *Historia de Tlaxcala.* Edición cotejada por el historiador Lauro Rosell con la copia de la original del autor que obra en el Archivo del Museo Nacional; las rutas que siguieron los chichimecas por el Ing. Alberto Escalona Ramos, con ilustraciones del Dr. Andrés Angulo y un apéndice, 6a. ed. México, D. F., Talleres Gráficos Laguna, 1947. 376-VI p. ils. p. 135-140.

TLAHUICOLE Y EL SACRIFICIO GLADIATORIO

Habiendo como hemos referido continuas guerras entre tlaxcaltecas y mexicanos, eran también continuos los reencuentros y escaramuzas entre unos y otros, así para ejercitar la milicia como por si en algún tiempo Mochteuczoma los pudiese conquistar y hacellos sus tributarios, aunque tienen por opinión algunos contemplativos, que “si Mochteuczoma” quisiera destruir a los tlaxcaltecas lo hiciera, sino que los dejaba estar como codornices en jaula, “porque no se perdiera el ejercicio de la guerra”, y porque tuvieran en qué emplearse los hijos de los Señores, y también para tener de industria gentes con que sacrificar y servir a sus “ídolos” y falsos dioses, lo cual no me puedo persuadir a creer por muchos respectos; porque si así fuera, no tomaran tan deveras la demanda de los Señores de esta provincia para ir contra los mexicanos, como fueron en favor de los cristianos; lo otro por donde se entiende, es por la enemistad que se tenían que era mortal y terrible, pues jamás trabaron parentesco ninguno los unos con los otros, ni por casamientos, ni por otra vía alguna la quisieron, antes les era terrible y aborrecible el nombre de mexicanos, así como a éstos el nombre de tlaxcaltecas; porque se sabe y es notorio que en todas las demás provincias emparentaban los unos con los otros, y así es de creer que pues Nuestro Señor fue servido que por mano de estas gentes se ensalzase su santo nombre, que la “guardó” y tuvo guardada para instrumento de tan heroica y santa obra, como es la que hemos visto y desde aquí en adelante diremos.

Entre tanto, en este continuo cerco y perpetua guerra, siempre se cautivaban los unos a los otros, y jamás se rescataban ni se redimían sus personas, porque lo tenían por grande afrenta e ignominia, sino que habían de morir peleando, mayormente los capitanes y personas calificadas, de las cuales no se servían, sino que antes morían sacrificados o peleando a manera de gladiadores romanos; y es así que como hubiese algún prisionero de valor y cuenta, lo llevaban en medio de una plaza, donde tenían una gran rueda de más de treinta varas de ancho de cada parte, y en medio de esta “gran” rueda otra menor redonda como un codo, que servía de altar del suelo, de la cual se ataba una muy grande sogá y larga que no pasaba de los límites de la rueda mayor. Finalmente, el miserable prisionero le ataban con esta sogá a manera de toro que se ata en bramadero, y allí le ponían

todos "los géneros de" armas con que se podían defender y ofender, para que pudiera aprovechar de las que más gusto le diesen. Dábanle rodelas, espadas, arcos, flechas y macanas arrojadizas, porras de palo engastadas en ellas puntas de pedernales, y puesto en este extremo se cantaban cantares tristes y dolorosos; más el miserable hombre con esfuerzo y ánimo, como aquel que pensaba ir a gozar de la gloria de sus dioses, asimismo se componía, y estando atado salían a él tres o cuatro hombres valientes a combatir con él, y hasta que allí moría peleando no le dejaban, y así se defendía con tanto ánimo que algunas veces mataba antes que muriese más de cuatro; y aquí se probaban las fuerzas de algunos hijos de Señores que salían aviesos e incorregibles, y probaban sus venturas, otros por adiestrarse o por perder el miedo de la guerra.

Acaeció en los tiempos que ya los españoles se acercaban en su venida (y aun quieren decir que en aquel propio año), que prendieron los de Huexotzinco uno de los más valientes indios que entre los tlaxcaltecas hubo, que se llamó Tlahuicole, que quiere decir: *El de la divisa de barro*, y era que siempre traía por divisa una asa de un jarro, el cual era de barro cocido y torcido como una *asa*. Este fue tan esforzado y valiente, que con solo oír su nombre, sus enemigos huían de él. Fue de tan grandes fuerzas, que la macana con que peleaba tenía un hombre bien que hacer en alzarla. Esto quieren decir que no fue alto de cuerpo, sino bajo y espaldado, de terribles y muy grandes fuerzas, que hizo hazañas y hechos que parecen cosas increíbles, y más que de hombre: de modo que peleando, donde quiera que entraba mataba y desbarataba de tal modo la gente que por delante hallaba, que en poco tiempo desembarazaban sus enemigos el campo. Finalmente, que al cabo de muchas hazañas y buenos hechos que hizo, le prendieron los huexotzincas atollado en una ciénega, y por gran trofeo lo llevaron enjaulado a presentarle a Mochteuczoma a México, donde le fue hecha mucha honra y se le dio libertad para que se volviese a su tierra, cosa jamás usada con ninguno.

Y fue ésta la ocasión que como Mochteuczoma andaba en pretensiones de entrar por tierras de los tarascos michoacacenses, a causa que le reconociesen con plata y cobre que poseían en mucha suma y los mexicanos carecían de ella, pretendió por fuerza conquistar alguna parte de los tarascos. Mas como Catzonsi en aquellos tiempos reinaba, y fuese tan cui-

dadoso de conservar lo que sus antecesores habían ganado y substentado, jamás se descuidó con cosa alguna; y así fue, que hecha una muy gruesa armada por los mexicanos, al dicho Tlahuicole, prisionero de Tlaxcalla, se le encargó por parte de Mochteuczoma, la mayor parte de esta armada, para hacer esta tan famosa entrada a los michoacanenses, la cual se hizo con innumerables gentes, y fueron a combatir las primeras provincias fronteras de Michoacán que son las de Tacimaloyan que los españoles llaman *Taximaloa*, Maravatío y Acámbaro, Oquario y Tzinapécuaro. Aunque esta tan grande entrada se hizo a costa de muchas gentes, que en ella murió de la una parte y de la otra, que puso terrible espanto a los michoacanenses, aunque no les pudieron entrar ni ganar cosa alguna de su tierra, a lo menos trajeron los mexicanos plata y cobre de la que pudieron robar en algunos reencuentros y alcances que hicieron en seis meses que duró la guerra, en la cual Tlahuicole hizo por su persona grandes hechos y muy temerarios, ganó entre los mexicanos eterna fama de valiente y extremado capitán.

Venido de esta guerra de Michoacán, Mochteuczoma le dio libertad para que volviese a sus tierras o que se quedase por su capitán, el cual no quiso aceptar ni lo uno ni lo otro: no quiso quedar por capitán de Mochteuczoma por no ser traidor a su patria; lo otro, que él no quería volverse a ella por no vivir afrentado, pues que se tenía por afrenta cuando así eran presos en la guerra, sino que habían en ella de vencer o morir; y así pidió a Mochteuczoma que no quería sino morir, y que pues no había de servir en cosa alguna, le hiciese merced de solemnizar su muerte, pues quería morir como lo acostumbraban hacer con los valientes como él. Visto por Mochteuczoma que no quería sino morir, mandó que se le cumpliese su demanda, y así fue que ocho días antes que muriese le hicieron muy grandes fiestas, bailes y banquetes, según sus antiguos ritos, y entre estos banquetes que le hicieron quieren decir que le dieron a comer ¡cosa vergonzosa y no para contada! la natura de su mujer guisada en un potaje; porque como estuviese de asiento más de tres años en México, la mujer que más quería le fue a ver para hacer vida con él, o morir con su marido, y así acabaron los dos en su cautiverio. “Idos al sacrificio” el desventurado *Tlahuicole* fue atado en la rueda del sacrificio con mucha solemnidad, según sus ceremonias; peleando mató más de ocho hombres y hirió más de otros veinte antes que le acabasen

de matar, y al fin, al punto que le derribaron le llevaron ante Huizilopochtli, y allí le sacrificaron y sacaron el corazón, ofreciéndoselo al demonio como lo tenían de costumbre; y este fue el fin del miserable Tlahuicole de Tlaxcalla, con este horrendo espectáculo el cual no fue de los muy principales, sino un pobre hidalgo que por su valentía y persona había tenido valor, y si no fuera preso llegara a ser muy gran Señor en esta provincia.